

culo de los discípulos á la muda contemplación de la Naturaleza para recoger algo de su vida en el pensamiento y algo de su armonía en el estilo; era el sacerdote breton, como un padre de la Iglesia, entregado todo entero á pensar en las cosas eternas ¡El! que veía los altares y los sepuleros, los templos, y tras los templos la eternidad; los cuerpos, como armaduras quebradizas; las almas, como fuego que sube á los cielos; la oración, como el único ejercicio digno del hombre; la inmortalidad, como el único puerto de dolor, á duras penas podía escuchar siquiera, y si alguna vez lo escuchaba, podía estimar en algo el rumor de nuestras cadenas y el clamoreo confuso de nuestros lamentos. Sin embargo, un día creyó que no bastaba con adorar á Dios sino se elevaba á su pureza primitiva el santuario más digno de Dios, el espíritu del hombre, por la libertad y por el derecho. La Roma pontificia, que guardaba la idea de la autoridad arriba, de la obediencia abajo, del culto material y externo al Dios vinculado en los símbolos de una teocracia medio asiática, lanzó un anatema sobre el sacerdote breton semejante al que lanzara en otros siglos sobre Lutero. Desde aquel punto Lamennais fué el apóstol de la idea de su tiempo. Sin dejar de ser cristiano, apareció Cristo en su pensamiento, hijo del artesano, esclavo de Roma, víctima de la tiranía, mártir de la igualdad, el tribuno de los desheredados y de los oprimidos enemigo de los reyes y de los poderosos, profeta del progreso, predicador sublime de la fraternidad universal, que no cabía en el estrecho recinto de una Iglesia privilegiada, histórica, sujeta á las circunstancias del tiempo, sierva de toda tiranía, Iglesia que levantaba el trono del Cesarismo degradante donde no había osado los antiguos césares, en el centro del infinito espíritu humano, corrompido y degradado en la abyección de una servidumbre que ahogaba hasta la conciencia.»

«Y estos tres hombres habían nacido para obrar por el arte en el sentimiento. Y cada

cual tocó alguna de esas vibrantes cuerdas que hay en el arpa sonora del corazón humano. Y el sentimiento sonó como había sonado en el siglo anterior al soplo de la elocuencia de Rousseau. Y esa aspiración vaga, que crea los héroes y los mártires, fué apoderándose de toda una generación, que al cabo concluyó por enamorarse de la libertad, de la democracia y de la República.»

Es verdaderamente extraño este fenómeno repetido en tres de los escritores que más imperiosamente han dominado á Francia. Pero este fenómeno se explica de una manera bien natural y sencilla. Nacido cada uno de ellos en familias dadas á las antiguas ideas; educados supersticiosamente en el culto á creencias ajenas á su tiempo, en cuanto salieron de la estrecha atmósfera doméstica á la más lata esfera social, respiraron por todos sus poros el génio de Francia. Y el génio de Francia, á pesar de sus continuados eclipses, pertenece en todo á la moderna sociedad, al siglo décimo-nono, á la democracia, á la República. Abandonados á su inspiración individual, fueron monárquicos, católicos, imperialistas, aristócratas. Interpretes de la inspiración universal fueron liberales, demócratas, republicanos. Los tres en grados diversos eran poetas; y los poetas se parecen á la grande muda estatua del antiguo Egipto que hablaba cuando la herían los rayos del sol. No era posible que tres géneos de esa colosal estatura, vivieran, el uno en los cuarteles del imperio, el otro en las sombras del claustro, el otro en los salones de los castillos feudales. Habían de salir tarde ó temprano de su encierro al ether, y habían de encontrar en el ether la luz y el calor de la nueva vida. El génio francés había de predominar sobre su génio individual. Y el génio francés podrá ser más ó menos democrático, más ó menos liberal; pero es esencialmente republicano. En el siglo que corre, desde la hora solemne y decisiva en que murió la antigua monarquía, no ha podido fuerza

alguna imponerle el principio hereditario.

Todos los delfines, todos los herederos, nacidos en las gradas del trono, han muerto en las sombras del destierro. Representaban, como las castas orientales, el principio de una autoridad hereditaria, de un privilegio hereditario; y su grandeza ha sido su desgracia. ¡Quién le hubiera dicho al Delfín, al hijo de María Antonietta, cuando se educaba en Versalles, saludado como un descendiente de los dioses, por los nobles, por los obispos y por los generales; que del palacio había de pasar á la cárcel; que del trono donde le protegía el génio de Luis XIV había de caer bajo la tutela de un zapatero; que de aquellas eminencias donde todos lo miraban y lo admiraban, había de descender á una oscuridad tan profunda que todavía se ignoran las últimas horas de su existencia y el lugar y el momento de su muerte, como si el génio del siglo, y la Providencia de Dios hubieran querido enseñar á los reyes, á los eternos protagonistas de la Historia, que habían sido precipitados desde las alturas de su antiguo renombre y fama al osario comun donde los huesos y las cenizas se mezclan en el comun olvido!

Y desde el día de esta catástrofe el génio de Francia ha diseminado y esparcido y proscrito por el mundo á todos los antiguos representantes del principio hereditario, del principio monárquico. No pudo transmitir Napoleón á su hijo el génio de conquistador que tronaba en su cerebro. Nació rey, nació heredero de vasto imperio, nació llevando el nombre de la ciudad que ha fundado el imperio de la autoridad en el mundo moderno; y cuando parecía que tantas glorias y tantas grandezas debían preservar su cuna, y debían proteger su cabeza, naufragó el heredero del imperio, como todos los herederos de la monarquía, y fué á morir en la oscuridad del destierro. Y hoy mismo tres representantes del principio hereditario yacen lejos del trono; el representante de la monarquía de las clases medias, el conde de París; el representante de la res-

tauración borbónica, el conde de Chambord; el representante de la restauración bonapartista, el príncipe Imperial; los tres inocentes de las faltas de sus respectivas razas y los tres condenados por el principio de solidaridad, que inhabilita igualmente para el poder á los hijos de los antiguos reyes.

A los ojos vulgares, sucesos de esta naturaleza pueden ser combinaciones fortuitas de la casualidad. Para el que pone más allá sus ojos, el suceso significa que la fé monárquica ha muerto en las conciencias, que el sentimiento monárquico ha muerto en los corazones, que el principio fundamental de la monarquía, la vinculación del poder hereditario en una familia privilegiada, no puede, no, subsistir, no puede, no, prevalecer en Francia. Luego Francia en su génio, en su carácter, guarda impresa indeleblemente la idea de la República.

Yo bien conozco que las ideas no se encarnan tan fácilmente en la realidad como en la inteligencia se definen. Yo bien conozco que antes de tomar cuerpo, pasan por impurezas que á cada paso comprometen su existencia. Yo bien conozco que las tradiciones religiosas de un lado, los intereses conservadores de otro, la idea monárquica misma, dificultan el establecimiento de una verdadera República. Pero no esperéis á que los seres humanos nazcan de un golpe en la perfección absoluta. Los seres sociales nacen, como todos los seres, imperfectos. Su robustez no puede venir sino de su crecimiento y desarrollo. Pero no lo dudeis; en cuanto el principio fundamental de una sociedad muere, se descompone, fórmase pronto, por una serie de combinaciones y de afinidades tan prodigiosas como las combinaciones y las afinidades químicas, fórmase pronto el organismo de la nueva sociedad. Y sucede esto porque el mundo social no puede quedar no á merced del acaso. Si la monarquía cuatro veces restaurada en Francia, ha caído otras tantas veces; si la fuerza sobrenatural de esta

institucion se ha quebrantado y casi perdido; si los milagros que obraba se han disipado como ensueños; si los representantes de su principio fundamental, del principio hereditario, andan dispersos por el mundo; si la fé, que todo lo animaba, se ha disipado, es porque dentro de Francia, se halla formada ya, completamente formada la idea republicana, en la cual han de vaciarse indefectiblemente los hechos.

Así es que la monarquía ha tenido en Francia últimamente la fuerza, el ejército; ha teni-

do la legalidad, la Asamblea; ha tenido hasta el desencanto producido por los errores de los radicales, y la reaccion engendrada por las infamias de los comuneros; ha tenido la complicitad de la Europa monárquica, que teme la emancipacion de los pueblos y el advenimiento del derecho; pero con todas estas ventajas, con todas estas fuerzas, no ha podido no, resucitar, porque la habia destruido un corrosivo fortísimo, al cual nada resiste, el espíritu de Francia en perfecta conjuncion con el espíritu del siglo.

## CAPITULO IV.

### LAS ESCUELAS CIENTÍFICAS EN LA DEMOCRACIA

FRANCESA.

Engañárase quien creyera que el movimiento republicano tiene en Francia sólo carácter artístico. Las escuelas científicas influyen también y poderosamente en el desarrollo de nuestra idea. Entre todas ellas ha descollado la escuela positivista. La tendencia general de la escuela, es sustituir á la teología y aún á la metafísica, las ideas puramente humanas, indagadas por la razon, robustecidas por la experiencia, relacionadas con el universo, inmanentes en el espíritu, ajenas á toda tendencia trascendente, y contrarias á lo espiritual y supra-sensible. La serie de las ideas fundamentales de esta escuela no entra hoy en nuestro tema; pero entra la serie de las ideas políticas y sociales que han ejercido y ejercen decisivo influjo en el espíritu de nuestro tiempo.

Para los jefes de la escuela positivista, la base de la sociedad antigua era la casta, y la base de la casta era la herencia en las funciones sociales, sobre todo en las altísimas y preponderantes funciones del sacerdocio. Des-

truyó la casta para siempre el catolicismo, quitando el carácter hereditario al ministerio sacerdotal. Pero forzado, segun ellos, á establecerse en una sociedad semi-bárbara, vióse forzado también á fundar un régimen teológico para someter por la autoridad las ciencias, y un régimen feudal para someter por la espada las fuerzas á una sociedad dotada de algun organismo.

Mas desde el siglo xiv la razon humana tendió á negar el régimen teológico y la voluntad humana á separarse del régimen feudal. Esta doble negacion dió en los pueblos latinos una dictadura monárquica y plebeya; en los pueblos germano-sajones una dictadura aristocrática y protestante. Mas entretanto que sucedia esto en las esferas políticas y sociales, la razon humana se desligaba por un trabajo negativo de las ideas teológicas. Y el gran siglo de este trabajo fué el siglo xviii. La política absorbió las ideas como absorbe la planta el jugo de la tierra en que brota. Tres hechos capitales vinieron á demostrar la conclusion del